

Crónica subjetiva del Symposium de Chichén-Itzá

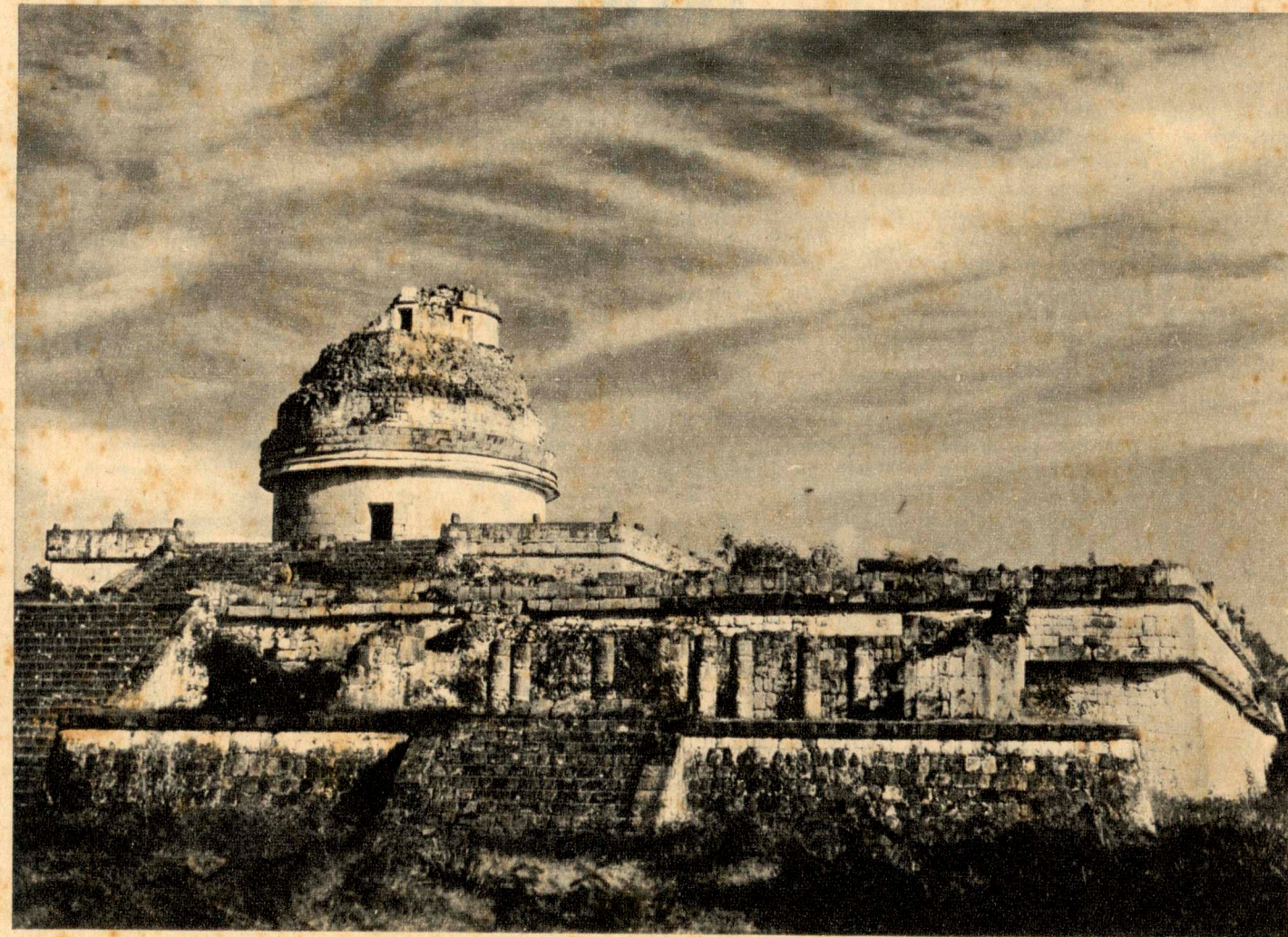
por Sebastián Salazar Bondy

HOJEO UNA libretita de apuntes y al recorrer sus páginas hallo frases que parecen fórmulas cabalísticas: *Sentido nuevo urb., Ciudad, tema novelist.?, Control de nat., Irlanda-Cap. humano, Espec. tierra urb.-enemigos: Estado-oligarquía, Indemnización (Alpro, AID), USA-cómplice viejas estructuras: intercam-*

bio-imperialismo, Incom., probl. semántico... No son esas desordenadas notas, por supuesto, datos recogidos a fin de reconstruir puntualmente las sesiones del Tercer Symposium organizado por The Inter-American Foundation for the Arts y auspiciado por el gobierno mexicano, al cual asistí invi-

tado durante la primera quincena de noviembre. Se trata apenas de algunos *aide-memoire* escritos a vuela pluma para seguir la discusión o para intervenir en ella. Pero mi libreta resulta, consultada ahora, como el registro de un sismógrafo donde la aguja, conforme pasaron los días, dejó inscrito el

Templo del Caracol en Chichén-Itzá



grado de la polémica. De la última jornada no me queda testimonio. Podría decir, aprovechando la metáfora, que saltó el detector debido a la magnitud de las sacudidas.

Es exagerado, sin embargo, tomar la comparación al pie de la letra. Chichén-Itzá, maravilloso lugar donde se produjo el encuentro de escritores, artistas, profesores y mecenas de ambas Américas, tiene afortunadamente ese clima sedante, húmedo, arbóreo y marítimo al mismo tiempo, que aplaca las demasías de la pasión e invita a aceptar las cosas sin mucho aparato. Muy cerca del Hotel Mayaland y sus confortables *bungalows*, en torno a los cuales algunas vacas tintineantes merodean durante la tibia noche otoñal, están los monumentos mayas (el Castillo, la Casa de las Monjas y el inigualable espacio del Juego de Pelota), lo que, de alguna manera, retrotrae al misterio pasado de América y, quiérase o no, ensimisma al forastero, aunque se encuentre ahí para “estrechar vínculos hemisféricos” o “establecer un diálogo abierto” (y, hay que decirlo, lleno de mutuos reproches) entre vecinos difícilmente bien avenidos. Se llegó ahí a la discrepancia franca y sin melindres, pero no hubo crisis, no hubo terremoto. La memoria, en cambio rehuye las exactitudes de las notas tomadas al calor de la divergencia. Más bien, me entrega de la cita de Chichén-Itzá una suerte de imágenes en color. Si no por turistas *de race*, sí porque los que allá estuvimos éramos gentes que salíamos de los encierros urbanos, de las máquinas de escribir, de los tableros de dibujo, de los “ateliers” y bibliotecas, y hasta de los libros de contabilidad, pese a toda la seriedad de los puntos de partida temáticos propuestos anticipadamente (“Los problemas humanos del urbanismo” y “Las elecciones norteamericanas y las relaciones interamericanas”), nos sobrevino un prurito cosmopolita y extravagante. Perduran estampas imborrables: Alfred A. Knopf, el famoso editor newyorkino, con sus “shorts” rojos, sus calcetines de lana cubiertos con

recalcitrantes zoquetes, su gran puro entre los dientes y sus bigotes de coronel colonial británico; los pulóveres con la propia efigie estampada y el ostensible nombre de José Luis Cuevas, que olfateaba ávido y amenazador una nueva teratología; el primaveral pijama rosa de Lilian Hellman como una flor del mediodía tórrido; el anti-sombbrero de paja del anti-poeta Nicanor Parra, que despertó las envidias de tanto exotismo desencadenado; los bíceps patagónicos de Dalmiro Sáenz remojándose noche y día en la piscina...

Pero entre este último aspecto turístico —llamémosle así— y los que se originaron en los motivos del debate, que inevitablemente enfiló hacia el nudo gordiano del conflicto Estados Unidos-América Latina, hubo siempre alternancia, casi simetría. Fueron ambos como dos planos entrecruzados: uno, el de los diálogos plenarios y de mesa redonda, en los que no siempre salieron a relucir los argumentos como armas de un torneo franco, sino que se deslizaron disimuladas bajo cortesías que la traducción inmediata convirtió en invertido chorro de medias palabras; otro, el del ocio al borde de la alberca, el de los paseos arqueológicos, el de la barra del bar, el de las tertulias informales donde efectivamente se confraternizó y se estuvo, al parecer, de unánime acuerdo. Si se me preguntara cuál fue el resultado concreto de la reunión de Chichén-Itzá, tendría hasta dos respuestas positivas, lo cual es bastante si se piensa que es bien poco o nada lo que surge de los congresos internacionales de cualquier especie. Diría, en primer término, que los intelectuales norteamericanos, buena parte de ellos mal enterada de la realidad latinoamericana, han oído nuestras afirmaciones y protestas acerca del modo cómo los Estados Unidos —gobierno y entidades representativas— conducen y manejan los asuntos que atañen a nuestros países, y han asimismo, verificado cómo es una majadería de sus políticos —de muchos de los nuestros, aquellos que son precisamente sus amigos— que

nuestro inconformismo se atribuya a infiltración, propaganda o conspiración comunista, y no se lo interprete como lo que es: voluntad de independencia, de soberanía de historia.

Los norteamericanos suelen replicar a nuestro alegato que son los gobiernos latinoamericanos los que no emprenden las reformas estructurales que programas como la “Alianza para el Progreso” propugnan. En Chichén-Itzá, tal cual en otras ocasiones, la contra-respuesta no era difícil: nuestras oligarquías —terratenientes, exportadoras, financieras, etc.— son aliadas y socias de los empresarios norteamericanos y son también las que directa o indirectamente controlan el poder y se resisten a los cambios. Aquí es donde el diálogo ingresa en un círculo vicioso que sólo se interrumpe cuando la rotación rompe el eje y sobreviene el desencanto o la diversión, según sea el ánimo que prive en el coloquio.

La segunda respuesta acerca de los frutos de la cita se refiere al contacto personal que ha quedado fundado entre los hombres que desde el libro, la universidad, la prensa, el espectáculo y hasta la empresa están en capacidad de facilitar la comprensión recíproca. Este symposium como otros ha reavivado o creado la amistad entre personas de un mismo oficio y una obra semejante. En lo que se refiere al autor de esta noticia, el reencuentro con camaradas queridos o admirados (Marta Traba, Zea, García Terrés, Fuentes, Parra, Rodríguez Monegal, Chocrón, Donoso, Cuevas, etc.), el nacimiento de nuevas amistades (Lilian Hellman, Ibarra, Rulfo, Zubiría, Rocha, Gonçalves, García Ponce, Gurrola, Lewis, Laughlin, Neumann, etc.), y la oportunidad de intercambiar, con otros más, opiniones acerca de problemas vivos, han constituido experiencias enriquecedoras, y es de suponer que otro tanto debe haber sucedido con el resto de participantes. Supongo, por ejemplo, que los periodistas norteamericanos que asistieron al encuentro al pie de los monumentos mayas de Mérida (Szulc, de

The New York Times; Collier del *New York Herald Tribune*, y Yates de la “National Broadcasting Company”), a quienes está encomendada la delicada tarea de presentar al hombre común de su país la realidad continental, habrán cotejado su concepto de la *intelligentzia* latinoamericana, acarreado del que generalmente circula en los medios políticos que por gravitación de su oficio frecuentan en nuestras patrias, con aquel que se hizo evidente en muchos momentos del diálogo del Hotel Mayaland. Si por lo menos, gracias a la reunión, esos periodistas modificaran su apreciación sobre América Latina en el sentido de considerarla un mundo que intuye su sentido nacional y lo busca por los caminos de la plena libertad, el Tercer Symposium habrá sido una empresa benéfica.

Lo cierto es que en cinco días, por más aislado que esté un grupo de gente, es poco lo que se puede hacer y decir. Los hombres además, se gastan y el encierro acaba por dejarlos en el hueso del alma, transparentes e insoportables los unos a los otros. La breve temporada en Chichén-Itzá se me ofrece en este instante como un acelerado film que comienza una *noche de la iguana*, cuando ingresamos a ese acogedor paisaje sonoro de hojas y pájaros e iniciamos la plática familiar y, que concluye en la última sesión, cuando palabras de Juan José Gurrola cargadas de pólvora surrealista cerraron de un porrazo el debate o lo postergaron hasta la próxima ocasión. La próxima ocasión, sin embargo, no será igual porque, según se prometió, asistirán invitados algunos escritores cubanos, quienes fueron los que en el Tercer Symposium literalmente brillaron por su ausencia. La palabra *revolución*, que dio silenciosamente vueltas en torno a la mesa del conciliábulo desde el primer día y, al fin, se posó como una inmensa verdad en el centro de la discusión, los incluía, los reclamaba, los llamaba fraternalmente.